



UPAC

UNIDAD PARA LA PREVENCIÓN
Y ANÁLISIS CRIMINOLÓGICO

Neurodesarrollo y criminología, una base científica para la prevención del delito

Comprender el comportamiento delictivo ha sido históricamente un eje central de la criminología. Durante algunos años se han identificado algunos factores de riesgo que promueven el fenómeno criminal: la desigualdad, la pobreza estructural, la desintegración o violencia a nivel familiar, estigmatización social, y algunos otros de corte social y económicos. No obstante, los avances en neurociencia del desarrollo han ampliado de manera sustantiva este campo, permitiendo comprender que la conducta antisocial y la incorporación temprana a dinámicas criminales no pueden explicarse únicamente desde factores jurídicos, económicos o sociales. El desarrollo cerebral desde la infancia hasta la adolescencia constituye una variable clave para entender las trayectorias delictivas, especialmente en el contexto actual, donde los grupos criminales han intensificado sus estrategias de reclutamiento de personas menores de edad. Integrar la neurociencia en la criminología no solo amplía la comprensión del delito, sino que abre nuevas posibilidades para la prevención temprana y efectiva.

El neurodesarrollo humano, particularmente entre los cero y los quince años, constituye una etapa crítica en la formación de capacidades cognitivas, emocionales y conductuales. Durante este período, el cerebro presenta una elevada plasticidad, lo que implica que las experiencias tempranas, positivas o adversas, tengan un impacto profundo en la arquitectura cerebral. Factores como la calidad del apego, la estabilidad familiar, la estimulación cognitiva, el manejo del estrés y la presencia de figuras adultas significativas influyen directamente en el desarrollo de funciones ejecutivas, como el control inhibitorio, la autorregulación emocional y la toma de decisiones, aspectos que bajo circunstancias no favorables pueden potencializar que el menor sea una presa fácil para el reclutamiento criminal.

Desde la perspectiva criminológica, estos procesos adquieren especial relevancia al analizar por qué niños y adolescentes se convierten en población especialmente vulnerable frente a los grupos criminales organizados, particularmente el crimen organizado. Las estructuras criminales han perfeccionado estrategias de reclutamiento que explotan necesidades propias de etapas del desarrollo aún inmaduras: el deseo de pertenencia, el reconocimiento social, la búsqueda de identidad y la gratificación inmediata. Estas dinámicas encuentran terreno fértil en cerebros que aún no han alcanzado la madurez de

la corteza prefrontal, responsable de evaluar consecuencias a largo plazo y regular impulsos.

En la adolescencia, además, se presenta un desbalance neurobiológico entre el sistema límbico, orientado a la emoción y la recompensa, y los sistemas de control cognitivo. Esta característica del desarrollo explica por qué muchos jóvenes, aun comprendiendo la ilicitud de ciertas conductas, pueden involucrarse en actividades criminales cuando estas ofrecen beneficios rápidos, estatus o protección simbólica. El narcotráfico aprovecha esta vulnerabilidad neuropsicológica para normalizar la violencia, legitimar identidades desviadas y consolidar trayectorias delictivas desde edades tempranas.

Ante este escenario, resulta insuficiente insistir exclusivamente en respuestas punitivas o represivas. La evidencia científica demuestra que muchas conductas antisociales pueden modificarse si se interviene oportunamente sobre los factores de riesgo y se fortalecen los factores protectores durante el desarrollo. Aquí es donde la integración de la neurociencia en la criminología se vuelve estratégica. Comprender cómo se construye la conducta humana permite diseñar políticas de prevención más eficaces, éticas y sostenibles.

Explorar nuevas áreas de prevención implica adoptar enfoques interdisciplinarios que articulen criminología, neurociencia, educación, salud mental y trabajo comunitario. Programas de educación socioemocional, fortalecimiento familiar, acompañamiento psicosocial, estimulación temprana y creación de entornos comunitarios protectores se convierten en herramientas centrales para reducir la vulnerabilidad juvenil frente al crimen organizado. No se trata únicamente de prevenir delitos, sino de proteger el desarrollo humano.

La integración de la neurociencia en la criminología representa una de las tendencias más relevantes para enfrentar los desafíos contemporáneos de la criminalidad, especialmente el reclutamiento juvenil por el crimen organizado. Invertir en infancia y adolescencia, comprender el funcionamiento del cerebro y diseñar estrategias preventivas basadas en evidencia científica constituye una de las vías más sólidas para construir sociedades más seguras, justas y resilientes a largo plazo.